

Las opciones pastorales de Jesús

Vemos como Jesús se sentía a gusto moviéndose entre las multitudes. Sin embargo tenía tres opciones en las cuales centraba o direccionaba su acción evangelizadora.

La relación con el Padre

Jesús no se presenta como absoluto y último, sino que hace referencia siempre a alguien que es más que él, al Padre. La autoridad de su palabra, la libertad ante la ley y la tradición y la fuerza de sus obras son interpretadas por él mismo desde un origen relacional que las convierte en revelación del Padre.

La principal referencia de su vida está en la práctica de la oración. Desde ella Jesús concibe su ser y su tarea, desde ella encuentra sentido a los acontecimientos centrales de su vida:

- ✓ presente en el origen de su vida pública: Mt 4,1-11; Mc 1,12-13; Lc 4,41-13
- ✓ en la elección de los apóstoles: Lc 6,12
- ✓ en la resurrección de Lázaro: Jn 11,41-42
- ✓ antes de la subida a Jerusalén: Mt 17, 1-13; Mc 9,1-13
- ✓ en la última cena: Jn 17,1-26
- ✓ antes de ser entregado: Mt 26,36-56; Mc 14,32-40; Lc 22.39-53
- ✓ en el final de su vida: Mt 27,46

La relación con el Padre es tal que, a quién nadie ha visto nunca, Él lo da a conocer: Jn 1,18. Es más, quién lo ve a Él, ve al Padre: Jn 12,44-45. La acción de Jesús en su relación al Padre se traduce en fidelidad mutua. Para él, su comida ha consistido en hacer su voluntad (Jn 4,34). Todos lo abandonarán menos el Padre (Jn 16,32). A su plan es fiel hasta la muerte (Lc 22,41-44). El Padre también le es fiel y lo resucita, lo sienta a su derecha y derrama su Espíritu sobre los suyos.

La proclamación del Reino

En el centro de la misión de Jesús se encuentra el Reino de Dios, el Reino de los cielos o simplemente el Reino. Expresándolo en lenguaje moderno, podemos decir que el Reino de Dios es todo el proceso ideado por Jesús y encomendado a la Iglesia, por el cual el hombre, persona y comunidad, se va abriendo progresivamente a la presencia soberana e invadente de Dios, hasta el día en que Cristo "entregue a Dios Padre el Reino... para que Dios sea todo en todo" (1 Cor 15,24.28)

Este Reino tiene diversas etapas:

1. **Preparación:** Juan Bautista lo preanuncia y prepara (Mt 3,2). El mismo Jesús se presentó al comienzo prosiguiendo esa etapa preparatoria (Mc 1,15; Mt 4,17). Igual hicieron los doce y los setenta y dos en su primera misión (Mt 10,7; Lc 10,9.11)
2. **Instauración:** dura toda la historia, desde la mañana del Evangelio hasta el atardecer de la vida (Mt 20,1ss). Se lo hace con un estilo distinto al de los hombres que inician sus empresas: "el Reino de Dios viene sin dejarse sentir... porque... ya está entre ustedes" (Lc 17, 20-21). La prueba de que ya está entre nosotros son las obras salvíficas realizadas por Jesús (Mt 12,28; Lc 11,20).
3. **Culminación:** en la patria del Cielo (Mt, 26-29; Mc 14,25; Lc 22,16.18.29-30)

El Reino de Dios "no es de este mundo" (Jn 18,36). Pero se instaura en este mundo. No es una liberación fantástica que pueda aparecer de pronto como por arte de magia (Lc 19,11). Es un don de Dios, que se ha de implorar en la oración (Mt 6,10; Lc 11,2). Pero su instauración exige el esfuerzo del hombre (Mt 11,12; Lc 16,16) y exige estar bien despiertos (Mt 25,1).

Jesús lo catequiza a través de diversas parábolas: una siembra que para tener un buen rendimiento debe ser bien hecha (Mt, 13,19-24). Una pequeña pero pujante semilla (Mc 4,26-28) pero que espera a un campesino para que la esconda en el surco (Mt 13,31-32; Mc 4,30-32; Lc 13,18-19; Jn 12,24).

La invitación universal a las bodas del Reino le requirió a Jesús no poco trabajo. De obras y palabras. Jesús pasó su vida predicando el Evangelio desde el día de su bautismo por Juan (Mt 4,23; 9,35; Lc 4,43; 8,1; 9,11; Hch 1,3). Para esta predicación del Reino Jesús aprovechaba cualquier circunstancia: una recorrida por los pueblos de Galilea, un paseo junto al lago, la entrada a una sinagoga. Y lo hacía de muchas maneras, especialmente con parábolas adecuadas a la inteligencia de la gente (Mc 4,33), que luego explicaba detenidamente a los discípulos más íntimos (Mc 4,34).

Jesús predicaba el Reino de manera que tal verdad expuesta moviese directamente a la conversión del corazón. Señalaba, por lo mismo, las actitudes del alma que entorpecen esta conversión: la autosuficiencia o creencia en la propia santidad (Mt 5,20; 8,11-12; 21,31-43; Lc 13,28-29); la angustia por el mañana (Mt 6,33; Lc 12,31); el apego por las riquezas (Mt 19,23-24; Mc 10,23-25; Lc 18,24-25).

Para ingresar en el Reino Jesús inculcaba una postura de niños, es decir, volverse hombres sin malicia, abiertos para recibir de Dios con prontitud el regalo de su gracia (Mt 18,1.3-4; 19,14; Mc 10,14-15; Lc 18,16-17). Para esto era preciso nacer de nuevo, en el agua por obra del Espíritu Santo (Jn 3,35).

El grupo de los Doce

La acción de Jesús y su tarea no pueden ser comprendidas al margen de la libre elección (Mt 10,1-4) de los Doce para que vivieran con él y para enviarlos a la tarea del Reino (Mc 3,1-19). Una doble razón justifica su elección y su papel relevante en la vida de Jesús. Por un lado su necesidad de asociar a otros a su misión y a la multiplicación de su anuncio. A esto se suma la significación del nuevo pueblo que comenzaba con la llegada del Reino.

Este grupo, germen inicial de su Iglesia:

- ✓ son **creyentes** que reconocen y confiesan a Jesús como Señor. Son la muestra de que la fe es la llave del Reino (Mt 16,13-20)
- ✓ son **seguidores** que han hecho de su vida un compartir el destino de Jesús hasta beber su cáliz (Mt 20,23; Mc 10,39)
- ✓ son **convertidos** que han transformado su realidad (Mc 10,28) y la de sus vidas desde el contacto y la aceptación del mismo Jesús

El misterio pascual convierte a los doce en apóstoles y primera Iglesia. Reciben el mandato de enseñar, bautizar y gobernar por parte del Resucitado (Mt 28,16-20) y el Espíritu en Pentecostés transforma su realidad desde la nueva presencia de Jesucristo que les hace compartir su misión y comenzar la acción pastoral de la Iglesia.